Salvador Seguí y el desarrollo del sindicalismo de clase en Catalunya

Juan Cristóbal Marinello Bonnefoy

Instituto de História Contemporânea
Universidade Nova de Lisboa (IHC-NOVA)

A diferencia de tantos otros militantes del movimiento obrero, la figura de Salvador Seguí i Rubinat ha constituido una afortunada excepción desde el punto de vista de la memoria histórica, logrando escapar del olvido. Esta situación se explica por algunas características excepcionales del personaje, en particular su capacidad de relacionarse y tejer alianzas con distintos sectores políticos y sociales, además de jugar un rol clave en la modernización y consolidación del sindicalismo en Catalunya. Ahora bien, la memoria de Salvador Seguí encierra también una gran paradoja. Seguramente, es una de las figuras históricas más reconocidas del sindicalismo catalán, pero el conocimiento que se tiene de él es con frecuencia superficial. Muchos saben que fue alguien importante, pero probablemente pocos sabrían explicar *por qué* fue importante.

La historiografía es la principal responsable de este desconocimiento, en cuanto los estudios sobre la actuación y el pensamiento del Noi del Sucre son muy escasos. Hay que reconocer que Salvador Seguí es una figura difícil de trabajar para los historiadores, los cuales dependen totalmente de fuentes escritas para este tipo de distancia temporal. Y Salvador Seguí fue un gran orador, un gran tertuliano y un gran conferenciante, pero no se destacó por ser un escritor prolífico, más bien lo contrario. En definitiva, gran parte de lo que sabemos de Seguí —o de lo que creemos saber— está basado en testimonios de gente que le conoció. Testimonios que muchas veces se han demostrado poco fiables, sea por la fragilidad de la memoria, por intereses políticos o por el modo trágico en que murió Salvador Seguí, que ha significado que más que un retrato fiel se haya ido construyendo un mito en torno a su figura.

El objetivo del presente texto es esbozar un retrato de Seguí lo más apegado a lo que sabemos efectivamente de él, a la vez que situar su actuación en el contexto del desarrollo histórico del sindicalismo catalán. En líneas generales, la biografía de Seguí es conocida, aunque todavía existen algunas lagunas importantes, comenzando por el

mote de Noi del sucre. Hay varias versiones diferentes de cómo se originó, sin que sepamos en realidad cual es la verdadera. De todas formas, dicho mote le definió desde muy joven, incluso antes que el público le reconociese por su nombre. Existe otra duda importante con respecto al lugar de su nacimiento. Su partida dice que nació el 23 de septiembre de 1887 en Lleida, aunque mucha gente que le conoció personalmente asegura que nació en Tornabous (comarca de Urgell). En cualquier caso, la familia de Salvador Seguí, se trasladó a Barcelona cuando aún era un bebé, atraída por el gran crecimiento que experimentó la Ciudad Condal durante la segunda mitad del siglo XIX. Era una familia de clase trabajadora, que se instaló en lo que entonces se conocía como "Barrio chino" —la parte baja del Raval—, uno de los sectores más pobres y duros de Barcelona en aquella época.

Aproximadamente a los doce años de edad, Seguí se vio obligado a abandonar la escuela y convertirse en aprendiz de pintor de paredes, labor que ejercerá durante toda su vida. Que Seguí fuera pintor es un detalle importante, ya que estamos hablando de un oficio que ofrecía bastante autonomía e incluso la posibilidad de trabajar en forma individual. Un mundo muy alejado de la disciplina del trabajo en la gran fábrica y de la imagen tradicional del proletario industrial que tenemos en la cabeza. La independencia que le permitía su oficio posibilitó que el joven Seguí pudiese desarrollar una amplia cultura autodidacta, participando activamente en el mundo de las tertulias de café que existían en Barcelona a comienzos del siglo XX.

El joven Seguí se transformó en un bohemio, cada vez más cercano al movimiento anarquista. En concreto, fundó con otros compañeros un grupo de afinidad que se llamaba "Los hijos sin nombre", expresión de un anarquismo intelectual y nihilista, cuya referencia fundamental era Friedrich Nietzsche, autor muy de moda entre la juventud de la época. Aunque Seguí siempre se consideró anarquista, desde muy joven su militancia se desvió del movimiento libertario para desarrollarse en el seno de los sindicatos. A los 17 años ya era parte de la junta directiva de la asociación de pintores, y con tan sólo 20 años fue elegido miembro de la comisión organizadora y directiva de la federación sindical "Solidaridad Obrera", fundada en 1907, que sería el embrión del que nació la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1910.

Recalco la juventud de Salvador Seguí no para dar la idea que era una especie de joven prodigio del sindicalismo, sino para evidenciar que su actuación se desarrolló en el contexto de un conflicto generacional en el seno del movimiento obrero catalán. Por

una parte, había una nueva generación muy influenciada por las ideas novedosas del sindicalismo revolucionario francés; y, por otro lado, estaba la vieja guardia, que seguía considerando como punto de referencia la Primera Internacional de Marx y de Bakunin, y que conservaba aún fresco el trauma que había significado la durísima represión del terrorismo a finales del siglo XIX.

Uno de los aspectos que favoreció el recambio generacional definitivo fue la situación creada por la Primera Guerra Mundial. A pesar de que España se mantuvo neutral, los efectos de la guerra se sintieron en todo el país, creando un enorme descontento social. Es justamente durante los años de la guerra que Salvador Seguí, junto a un grupo de jóvenes dirigentes sindicales, alcanzaron los puestos directivos de la Confederación Regional del Trabajo (CRT), es decir, la sección catalana de la CNT. Desde ahí comenzaron una labor de renovación y de modernización del sindicalismo en Catalunya, aunque la primera prioridad fue ofrecer una respuesta contundente a la enorme crisis social creada por la guerra.

En este sentido, Seguí planteó la necesidad de establecer una alianza con la UGT para potenciar la capacidad de acción de la clase obrera. Esta alianza entre la CNT y la UGT, firmada en 1916, acabó desembocando en la gran huelga general revolucionaria de agosto de 1917. Como es sabido, la huelga fracasó y provocó una dura represión del movimiento obrero, aunque en Catalunya los sindicatos lograron recuperarse rápidamente. Sin embargo, también comenzaron un acelerado proceso de radicalización, que coincidía con la difusión de noticias sobre la Revolución Rusa. Durante 1918, hubo una verdadera explosión de la CRT en Catalunya, logrando establecer una hegemonía completa sobre el movimiento sindical catalán, además de transformarse en una seria amenaza para la patronal y el Estado de la Restauración.

Para comprender este enorme e inesperado crecimiento, la figura de Salvador Seguí es fundamental. Sobre todo por su capacidad para revolucionar la forma en que se organizaba el movimiento obrero a través de la creación de los llamados Sindicatos Únicos de industria, una de las principales aportaciones prácticas de Salvador Seguí al sindicalismo catalán. Obviamente, el movimiento obrero y el sindicalismo tienen una historia mucho más larga; pero, hasta el surgimiento del sindicalismo basado en ramos de industria, es difícil hablar de un sindicalismo de clase en el sentido en que entendemos este concepto hoy en día.

El surgimiento del sindicalismo industrial fue un fenómeno global que se dio en lo fundamental durante el período de entreguerras. En Catalunya tuvo un nacimiento bastante precoz, que se inicia justamente con los sindicatos únicos de la CRT. Antes de los sindicatos de industria existían las llamadas "sociedades de oficio", asociaciones —muchas veces pequeñas— que agrupaban a los trabajadores de un determinado oficio a nivel local. Durante todo el siglo XIX y comienzos del XX, estas organizaciones fueron la verdadera columna vertebral del movimiento obrero, aunque tenían algunos problemas importantes que le convertían en un movimiento precario y fragmentado.

Las sociedades de oficio agrupaban a categorías muy específicas de trabajadores, es decir, las capas más cualificadas (los "oficiales"), excluyendo a la gran mayoría de la clase obrera. Estas organizaciones fueron fundamentales para el surgimiento del movimiento obrero y para el desarrollo del sindicalismo; pero en la época de Salvador Seguí era evidente —al menos para los más visionarios— que estaban quedando obsoletas ante las grandes transformaciones del capitalismo durante la segunda mitad del siglo XIX. Eran organizaciones poco adecuadas para llevar adelante una lucha sindical efectiva en el nuevo contexto.

En parte, estaban quedando obsoletas debido a que los empresarios habían comenzado a responder organizándose también por oficios, a imitación de los trabajadores. Durante los primeros años del siglo XX, los empresarios de la construcción y del metal de Barcelona decidieron ir un paso más allá, transformándose en una suerte de vanguardia del movimiento patronal. Fueron los primeros que entendieron que para neutralizar a los trabajadores, era preferible tejer alianzas amplias, federándose no por oficios, sino que en base a ramo industriales. Como resultado, a mediados de 1913 nació la Federación Patronal de la Construcción de Barcelona.

Salvador Seguí, que en estos años era ya un destacado dirigente sindical de la construcción, percibió la necesidad de responder a este movimiento patronal con sus mismas armas, saliendo del aislamiento en que vivían las sociedades de oficio y construyendo también frentes amplios con los trabajadores de un mismo ramo. Así, a los pocos meses surgió una federación de sociedades de oficio del ramo de la construcción, de la cual Salvador Seguí se transformaría rápidamente en secretario general. Ahora bien, esta federación resultó insuficiente. Las sociedades de oficio de Barcelona tenían una tradición muy arraigada de autonomía, que les llevaba a rechazar cualquier control desde el exterior. En consecuencias, las federaciones sindicales que se

constituían eran muy laxas, y los acuerdos rara vez eran vinculantes para las entidades federadas. Obviamente, esto hacía que fuese muy difícil construir organizaciones disciplinadas y capaces de plantarle cara a la patronal.

A comienzos de 1916, en plena guerra, se desarrolló una gran huelga general de la construcción en Barcelona, que acabó fracasando debido a que varias sociedades de oficio se fueron descolgando a medida que se alargaba el conflicto, sin que la federación pudiese hacer nada para impedirlo. A partir de esta experiencia se consolidó la idea de la necesidad de superar la organización sindical basada en oficios. Salvador Seguí, junto a una serie de jóvenes dirigentes sindicales, impulsaron la construcción de sindicatos *únicos* por cada rama industrial, o sea, sindicatos que reuniesen a todos los obreros de un determinado ramo en una sola organización. La propuesta del sector liderado por Seguí acabó triunfando, y los Sindicatos Únicos fueron aprobados en el llamado Congreso de Sants de la CRT de 1918.

La creación de los sindicatos únicos revolucionó completamente el movimiento obrero en Catalunya. Si al celebrarse el Congreso de Sants, en junio de 1918, la CRT tenía unos 74.000 afiliados, seis meses después afirmaba contar con 345.000, en un momento en que la población obrera de Catalunya rondaba el medio millón. Los Sindicatos Únicos no sólo significaron un crecimiento de afiliación, sino que por primera vez dieron una estructura sólida y disciplinada al movimiento sindical, lo que a su vez repercutió en un aumento significativo del poder sindical. En este sentido, cabe destacar que la CRT fue la primera organización que logró funcionar como una verdadera central sindical en Catalunya, y aglutinar a un sector mayoritario de la clase obrera. Algo que no habían conseguido ni la Primera Internacional, ni la UGT, ni la CNT de los primeros años.

Esta enorme y rápida expansión del poder de la CRT llevó a un choque frontal con la patronal y el Estado, a través de la llamada huelga de la Canadiense en 1919. Esta huelga significó una dura derrota para el sindicalismo, provocando además una brutal respuesta por parte de la de patronal y los militares. Entre 1919 y 1923, la situación social en Barcelona adquirió un carácter de extrema violencia. Son los años sangrientos del pistolerismo, que lograron desarticular el poder de la CNT en Catalunya, cuyo punto culminante fue el asesinato del Noi del Sucre.

Antes de referirme a las circunstancias que llevaron a su muerte, otro tema sobre el que creo interesante profundizar es el pensamiento de Salvador Seguí con respecto a Catalunya y la cuestión nacional. En los últimos años, se ha visto con frecuencia aparecer en las redes sociales algunas citas de Seguí, que a veces le presentan como una especie de protoindependentista y otras como un anarquista ortodoxo que niega la existencia de cualquier nación. El problema es que estas citas siempre aparecen completamente descontextualizadas. Además, resulta evidente que el objetivo es utilizar el prestigio de Salvador Seguí para defender una posición concreta en el debate público actual, lo que no deja de ser un anacronismo.

En realidad, es imposible reducir el pensamiento de Seguí sobre Catalunya y España a un esquema en blanco y negro, ya que presentaba una serie de matices complejos. En primer lugar, es necesario considerar el contexto histórico en que vivió, es decir, el del surgimiento de un potente movimiento intelectual tras la pérdida de las colonias en 1898, que planteaba como tarea fundamental la necesidad de regenerar España. La imagen de la España de la Restauración era tremendamente negativa; un régimen conservador, clerical, corrupto y represivo. Seguí se formó en este ambiente intelectual regeneracionista, en el que el objetivo era sacar a España de su atraso, y en el que muy poca gente, incluso entre el catalanismo, estaba pensando en términos de independencia.

Además, la independencia, tal como la entendemos hoy, era un proyecto que tenía poco sentido en el pensamiento anarquista en que se había formado Seguí. Al igual que gran parte del movimiento libertario, Seguí se movía sobre todo en la tradición del federalismo de Pi i Margall, que tuvo mucho arraigo popular en Catalunya. Un federalismo respetuoso con la identidad de las nacionalidades, y que miraba no sólo España sino que al conjunto de la península ibérica. Además, era un federalismo construido desde abajo y basado en pactos libres; por lo tanto, también estaba basado en la libertad de disolver unilateralmente esos pactos. Lo que hoy llamaríamos derecho de autodeterminación estaba implicitito y era constituyente de la federación, por lo que, desde esta lógica, la independencia como proyecto perdía sentido, en cuanto no existía dependencia de un centro político.

En definitiva, la imagen de Salvador Seguí como “protoindependentista” es anacrónica; aunque otra imagen que aparece también con frecuencia, la de un Seguí “anticalanista”, también es engañosa. De partida, es un hecho indudable que la identidad

catalana de Salvador Seguí a nivel personal era muy profunda. Lo que no era algo menor, considerando que la relación entre movimiento obrero y catalanismo a inicios del siglo XX era compleja. Durante gran parte de la vida de Seguí, el catalanismo como movimiento fue fundamentalmente la expresión política de la burguesía catalana, la misma que se enfrentaba día a día con los sindicatos. En consecuencia, la hostilidad que muchas veces manifestó Seguí contra el catalanismo era en realidad una hostilidad contra la monopolización del catalanismo por parte de las élites catalanas. En el fondo, Seguí consideraba que el amor a Catalunya de la Lliga regionalista de Francesc Cambó era una fachada, y que, llegado el momento, la burguesía escogería siempre sus intereses de clase por sobre la libertad de Catalunya.

En síntesis, para Salvador Seguí ni los políticos españoles podían modernizar España, ni los políticos catalanistas podían llevar a Catalunya a cumplir su misión histórica. De hecho, Seguí también participaba de una idea muy presente en los orígenes del catalanismo, es decir, que la misión histórica de Catalunya era ejercer un liderazgo que permitiese sacar a España de su atraso crónico. Obviamente, dada la tradición libertaria y federalista en que se movía Seguí, más que en España está pensando en términos ibéricos: en una gran Confederación de los pueblos de la península.

Seguí consideraba que la transformación urgente que requerían Catalunya y España no iba a ser impulsada por la Monarquía, ni por la burguesía catalanista, ni tampoco parecía que pudiese ser impulsada por lo que entonces eran unos pequeños y fragmentados partidos de izquierdas y republicanos. La única fuerza social que podía cumplir esta misión era el proletariado, a través de una actuación autónoma garantizada por el sindicalismo revolucionario. Ya que si la política no podía aportar soluciones, la solución debía ser revolucionaria.

En cualquier caso, Seguí no creía que la revolución fuese una especie de remedio mágico para todos los males, y que tampoco era posible improvisar la revolución o esperar que se generase en forma espontánea. Se trataba un proceso largo que requería de mucha paciencia y de mucha preparación. Seguí consideraba fundamental que la clase obrera estuviese preparada para tomar las riendas de la sociedad al llegar el momento de la revolución. En este momento, muchos pensaban que el colapso del capitalismo era un hecho inevitable e inminente, y Salvador Seguí creía que la alternativa pasaba por la construcción de un socialismo organizado sindicalmente.

El sindicato era la matriz en torno a la cual imaginar una sociedad radicalmente democrática y gestionada en forma horizontal. Por eso, el sindicato debía tener un rol pedagógico, transformándose en una escuela de rebeldía para que los obreros pudiesen formarse y desarrollar las capacidades técnicas necesarias para gestionar la economía. Los años del pistolerismo debilitaron esta tradición sindicalista en la CNT, favoreciendo las corrientes más radicales. Por ende, la mayoría de las propuestas y reflexiones de Seguí se vieron truncadas con su muerte, sin lograr recuperar nuevamente una posición hegemónica al interior del anarcosindicalismo.

Por otra parte, durante los años del pistolerismo los dirigentes sindicalistas, la cara visible del movimiento obrero, sufrieron una dura represión y fueron detenidos con frecuencia; lo que dejó el campo abierto para que la militancia más radical se hiciese temporalmente con el control de la CNT. De hecho, Seguí pasó gran parte de la época del pistolerismo en la cárcel, alrededor de dos años en total entre 1920 y 1923. La detención más larga comenzó en noviembre de 1920, cuando fue deportado a la fortaleza de La Mola en Menorca junto a decenas de sindicalistas. Seguí estuvo más de un año en Menorca antes de volver a Barcelona, y fue liberado sólo en abril de 1922, un año y medio después de ser detenido.

Tras su liberación, Seguí dedicó el último año de su vida a reorganizar la CNT y tratar de encontrar una salida a la situación de violencia en que se había empantanado la lucha sindical. Durante los años del pistolerismo, gran parte de la violencia se enmarcaba en la lucha de la CNT contra los llamados Sindicatos Libres, una organización sindical de extrema derecha apoyada y protegida por la patronal y los militares. Cuando Seguí salió de la cárcel en abril de 1922, había un nuevo gobierno que pretendía intentar restablecer una situación de normalidad en Barcelona. La CNT pudo funcionar nuevamente en forma legal, lo que permitió que al sector sindicalista liderado por Seguí retomar el control de la Confederación, e incluso acordar una tregua con los Sindicatos Libres.

No obstante, esta situación no duró mucho. La patronal estaba escandalizada de que se hubiese permitido reorganizarse a la CNT, y tanto los empresarios como el ejército comenzaban a inclinarse abiertamente por una dictadura. En diciembre de 1922 cayó el gobierno, con lo que la tensión volvió a aumentar y la tregua entre la CNT y los Libres se rompió definitivamente en febrero de 1923. Se iniciaba así una serie de atentados que culminarían con el asesinato de Salvador Seguí el 10 de marzo de 1923.

La situación de peligro para Seguí era evidente, pero se lo tomó con cierta resignación. En vez de protegerse, aumentó su actividad de propaganda, por lo que los pistoleros lo asesinaron en un contexto muy cotidiano, o sea, saliendo de un bar con un amigo en el carrer de la Cadena (lo que hoy llamamos Rambla del Raval) en la esquina con el carrer de Sant Rafael.

En conclusión, Salvador Seguí fue una persona que dedicó su vida a intentar transformar la sociedad en la que vivía. Una persona profundamente comprometida con su clase y con el pueblo catalán, que supo reflexionar sobre los principales problemas de su época en un modo original, y que también supo intentar responder a estos problemas a través de soluciones originales. En definitiva, fue un revolucionario, pero que nunca consideró que la revolución fuese una solución mágica para todos los problemas de la humanidad. Para él, lo importante no eran las abstracciones teóricas, sino desarrollar la capacidad para llevar los principios a la práctica. En definitiva, para construir una sociedad democrática, libre, fraterna e igualitaria.

Bibliografía

Buenacasa, Manuel, *El movimiento obrero español, 1886-1926 (historia y crítica): figuras ejemplares que conocí*, París: Familia y Amigos del Autor, 1966.

Cruells, Manuel, *Salvador Seguí, el Noi del Sucre*, Barcelona: Ariel, 1974.

Diez, Xavier, *El pensament polític de Salvador Seguí*, Barcelona: Virus, 2016.

Elorza, Antonio (ed.), *Artículos madrileños de Salvador Seguí*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1976.

Foix, Pere, *Apòstols i mercaders: seixanta anys de lluita social a Catalunya*, Barcelona: Nova Terra, 1976.

Gabrel, Pere, *Classe obrera i sindicats a Catalunya, 1903-1920*, 3 vols., Tesis doctorla, Universitat de Barcelona, 1981.

Huertas Clavería, Josep María, *Salvador Seguí, el Noi del Sucre: materiales para una biografía*, Barcelona: Laia, 1976.

Molas, Isidre (ed.), *Salvador Seguí: Escrits*, Barcelona: Edicions 62, 1975.

Termes, Josep, *Historia del anarquismo en España (1870-1980),* Barcelona: RBA, 2011,